

Adiós muchachos compañeros de mi vida

Esteban Ulloa Treviño



*Carlos Gardel*

# Capítulo 1

Adiós muchachos compañeros de mi vida: Breve historia sobre soledad, despedidas y esperanza

Escribo desde la segunda vez que presumiblemente padezco el covid, no soy un cínico, un loco, un fanfarrón o me estoy burlando. Pero de verdad, tengo preocupaciones más importantes que la muerte, como encontrar la vida, su sentido y llevarme lo mejor de esta existencia. No tengo tiempo para miedos y estarme cuidando de un riesgo más de estar vivo. Si esto no fuera suficiente, pido perdón a cualquier susceptibilidad que haya sido ofendida, de verdad.

Han sido meses extremos. Para esto será acertado comenzar por el principio: Fui bendecido y maldecido con dos comprensiones cabales: 1. Comprender que la vida sólo son los momentos, por eso rarísima vez el futuro me ha preocupado y siempre apuesto fuerte por cada momento. Maldición porque a veces no ocurre nada y los días son larguísimos. 2. La nítida comprensión de que la muerte ya está ahí esperando, lo que hay que alcanzar es la vida, la plenitud.

Ese soy yo, créase o no. Así, me ví atrapado en la prisión de terminar la tesis que se alargaría 1 mes 7 meses por causas externas a mí. Cada día soñaba con la libertad... Y la tuve. "No hay plazo que no se cumpla, ni fecha que no llegue". Supe siempre que al terminar me largaría al demonio con la intención de no volver jamás más que de vacaciones, y tampoco sufriendo si prescindía de ellas.

Así, al terminar la "tisis" estuve cerca de irme a Tailandia, por un robo a mano limpia llamado "cuota covid" o covid fee, ya no ocurrió. Así, me alcanzó a irme a la península de la República con la intención de regresar cuanto más tarde fuera posible. Bendito aquél que logra caminar hacia donde va, pero soltando sus expectativas. Y sí, verdaderamente las expectativas 99% de las veces te llevan a la decepción, más sí eres un humanista, filósofo, poeta, romántico, pobre diablo, disidente marginal de la sociedad... Bueno, así, volví a los 5 meses (risas). Despedido, con el corazón cargado y herido, decepcionado, con 400 pesos en la bolsa y en negación.

Como un condenado a muerte que le escupe al público feliz de que muera, intenté echar a andar unos proyectos libres, que sólo fueron la cereza del pastel del fracaso. Colmé mi medida, toqué fondo, estaba jodido. Me peleaba en todos lados, hasta en un chat de ayuda psicológica (risas). "Bienvenidas desgracias si vienen solas". Así fue... lo dioses mandarían más calamidades para probar mi temple. Y por qué no? A una persona que le encanta la gente y valora el amor y la amistad como sus principales

prioridades, quitarle a todos sus amigos.

En un principio no negaré que no lo tomé como víctima, incluso yo mismo apresuré el proceso con ciertas amistades mediocres o que ya seguían como por caridad, y las corté de tajo. Así me quedé completamente solo y decidí cortar toda comunicación con mi familia. Al inicio lo manejé como un "voto de silencio indefinido" que terminaría en mes y medio. Sin oficio, sin amigos, sabía que necesitaba un objetivo... Vendí todas mis posesiones y me dediqué a descubrir un café nuevo todos los días, y terminarme mis botas.

Fueron 90 días en el desierto de concreto y me acerco a los 30 años, ¿me pasará como a Jesús Cristo? Esos días fueron como 3 años. Fue inevitable comenzar a hablar solo. Desarrollé dos compañeros mentales, uno hablaba en inglés, otro hablaba en argentino. Era reconfortante. Esos días mi única interacción era pedir el café y cosas de cafeterías. Eso sí, tuve 3 encuentros fortuitos en que hablé con personas, fueron como la navidad, 3 navidades en 90 días. Pero también varios días de romperme para expandirme, de reclamarle a Dios de verdad, de considerar que estar muerto sería mejor.

Fue duro aceptar que ya a nadie le importaba, ni figuraba ya en la vida de nadie. Pero lo encajé, lo volví orgullo y dignidad. Y también me dí cuenta que era inmensamente libre y más feliz. Lo curioso fue encontrarme en la calle con un montón de gente conocida, bueno, caminando diario 2 o 3 horas por la ciudad no era raro. Me empeciné en más soledad y renuncié a todas mis redes sociales y teléfono celular. Mi vida ha cambiado desde entonces.

Lo increíble ha sido encontrarme a la gente que en su mayoría me reconocen pero evitan o simulan haberme visto. Muchos de ellos sienten cierta inquietud. Uno de los encuentros más interesantes fue con mi ex mejor amigo, me dio un enorme gusto, lo abracé pese a las medidas covid, y le dije que lo quería mucho. No tenía tiempo y su desinterés desconcertaba mucho con mi cariño y emoción. Es interesante ver a las personas perdidas en la inmediatez, en sus teléfonos... Y ha sido muy placentero regresar a encontrar gente en lugares azarosamente o encontrarlas por sorpresa.

Fueron días muy interesantes, que agradezco de corazón. Ahora que ya me he hecho de algunas personas con las que convivo notó que ya nunca pierdo mi soledad y mi individualidad, que ya no soporto una charla que nada me aporta, que la gente me importa mucho menos, de una manera muy positiva, y como cereza del pastel de la maravilla, ha llegado a mí un libro de un monje budista y ciertas charlas azarosas con desconocidos muy nutritivas, donde todo apunta al arte de la "impermanencia", todo cambia en todo momento, por eso nada es para siempre y todo es sólo por un momento. Y esto es saber vivir, pues es comprender la muerte,

que es la otra cara de la vida, que está en los momentos.

Igualmente decidí dedicarme a un oficio que mejoré el mundo, reparar cosas de las casas, decidí irme de la ciudad, solo, sabiendo que me irá estupendo sin importar el tiempo que me quede allá, valoro mucho a la gente con la que platico y las que se cruzan en mi camino (no todas, claro), y he dejado ir a mis amigos con todo mi amor. Emocionado por este viaje hacía mi mismo que retomo con toda su fuerza. Y bueno, eso, quería contárselos y la verdad me inspira ver que escriban.